

cadena, como los españoles del tiempo de Fernando VII...

Y ahora, pensando en esto, recuerdo las confidencias de una dama árabe que declaraba solemnemente á un parisiense espantada que no hay en el universo suerte comparable á la de las moradoras de los harems... Y así la explicación que antes buscaba en razones de psicología la encuentro, al fin, en el eterno arcano del alma femenina...



Perfiles de hombres.

La "élite".

EN las calles de Buenos Aires—dice Jules Huret—no he visto ancianos.» Yo tampoco los he visto. Ni los he visto en el seno de las familias, ni siquiera en las oficinas públicas, que en todas partes son feudos para la vejez.

—¿Qué hacéis con vuestros abuelos?—le he preguntado á alguien.

Y me ha contestado:

—¡Pero si estamos invadidos por ellos!... Vea usted el número de personas de más de cincuenta años que todavía figuran en la política...

Aquí cincuenta años es la edad de los apóstoles, de los que ya han terminado su

obra, de los que casi han entrado á figurar en la Historia. Joaquín González, el creador de la Universidad de la Plata, debe tener cincuenta años.

Pero va uno á la Casa de Gobierno y pregunta por el ministro de Relaciones exteriores. Y se encuentra con un joven de treinta y tantos años... Y va á la Intendencia y pregunta por el intendente. Y se encuentra con un hombre que aun no ha cumplido los cuarenta... Y va á la Dirección del periódico más importante y pregunta por el director. Y se encuentra con un caballero de veintiocho años... Y pregunta uno: «¿Qué edad tienen vuestros embajadores en París y en Madrid?» Y le contestan: «Unos treinta y siete años...» Y en un paseo se encuentra con un mozo garrido que á lo más representa la edad necesaria para ser elegido diputado... Es el presidente del Congreso... Y se informa uno sobre ese famoso Lugones, de quien se habla desde hace veinte años y que ahora dirige en París una revista casi nacional. Y oye que le responden: «Un chico de treinta y siete ó treinta y ocho años.» Y pregunta por el sabio Ingegnieros, cuyos libros se leen en las Facultades europeas. Y le

dicen: «No pasa de los treinta y cinco.» Y va á un Banco, y al ser recibido por un mozalbete le dice: «Es al director á quien...» Y el mozalbete, con aire natural, exclama: «Soy yo...»

Y uno pregunta: «¿Qué habrán pensado un Clemenceau, con sus setenta y tantos años, y un Anatole France, con sus setenta, de este pueblo, en el que todos parecen poder ser nietos suyos?...»

Yo confieso que desde un principio sentí la más profunda simpatía por los que así saben poner los puestos más importantes en las manos más jóvenes, rompiendo con la horrible costumbre europea, que todo lo da por ancianidad (hasta la gloria galante de las cortesanas), y que no habla sino de experiencia, de tradición, de respetos adquiridos.

Y me dije: «Sean lo que sean, siquiera tienen la fuerza y el entusiasmo.»

Pero luego, cuando tuve el honor de tratar á los que forman la *élite* social, en la que se hallan infinidad de diputados, de hombres políticos, de banqueros, de literatos y de sabios, me di cuenta de que, escogiendo lo menos viejo, el país sabe escoger lo

mejor. No hay idea, en efecto, de la inteligencia, de la cultura, de la aplicación y de la seriedad de estos hombres, entre los cuales el mayor no pasa de nueve lustros.

Yo he tenido ocasión de ver á algunos de ellos de cerca en momentos graves. Más calma, más sangre fría y más decisión, creo que hubiera sido imposible encontrarlos. ¡Y pensar que este pueblo, según Salaverría, tiene como principal defecto la impresionabilidad!

Verdad es que yo no conozco el pueblo... Mas la aristocracia intelectual que frecuento puede luchar con la inglesa en punto á decisión ponderada. Y también en punto á distinción, también en punto á espíritu amplio y práctico, también en punto á patriotismo bien entendido, no del que grita en las reuniones públicas al son del himno nacional, no, sino del que reflexivamente da al país lo que tiene de más caro: su alma, su esfuerzo, su inteligencia, su libertad. Muchos, muchísimos hay que, siendo diez, veinte veces millonarios, y llevando un nombre ilustre, y teniendo tal vez deseos de consagrarse á una existencia de placer ó de labor personal, se confinan en una oficina para

trabajar con más fuego y más fe que los que no podrían vivir sino del presupuesto.

Entre los diputados actuales conozco á un joven muy rico, muy elegante, muy aficionado á fiestas artísticas. Hace pocos días un amigo mío le invitaba á una excursión en compañía de personas que á él le son gratas.

—¡Qué lástima!—exclamó el diputado—
Mañana tengo sesión...

—¿Es una sesión importante?

—Todas son importantes...

Esta frase, que en un político profesional me habría parecido prudhommescas, en este mozo, que hacía, sonriendo, un sacrificio en aras de su fe, me emocionó.

—Con la misma sonrisa—aseguróme un periodista que conoce á su gente—daría ese hombre por la Patria su fortuna ó su vida.

—¿Y hay muchos así?—le pregunté.

—Más de los que cree la gente...

Yo no lo dudo ni un instante. Los hombres que en un pueblo con fama de superficial saben consagrarse en cuerpo y alma, á la edad en que los de otras naciones se divierten, á pensar gravemente, patéticamente puede decirse, en el porvenir de la Patria, son de los que están siempre cerca del sacrificio.

Los noctámbulos.

¿Dónde está el argentino que todo el mundo conoce y reconoce, el de las comedias de Sacha Guitry, el de las revistas de Rip, el muchacho muy moreno y muy elegante, y también muy insoportable, que lleva el sombrero de copa *sur l'oreille*, que no se quita de la boca el enorme habano encajado de oro, que mira con insolencia á las mujeres, que habla á gritos en todas partes y que hace sonar su «plata», su terrible «plata», cual si fuera un collar de cascabeles?... En Buenos Aires, por más que lo busco, no lo encuentro en ninguna parte, ni aun en los *cabarets* nocturnos, que forman una especie de sucursal de Montmartre. Y tengo que acordarme de París, y de las noches de Maxim's ó de l'Abbaye, para convencerme de que no se trata de una invención de los satíricos franceses, sino de un sér real. ¡Y tan real!... Pero, por desgracia para el prestigio del país, diríase que este sér vive siempre en Europa, ó que sólo en Europa se muestra en su faz caricaturesca.

¡Cuán distintos, en efecto, los porteños

jóvenes que encuentro aquí de los que dejé hace un par de meses en el bulevar! Comparados con aquéllos, éstos son tipos ideales de buena crianza, de elegancia y de discreción. Lo único que yo les censuraría es una falta de personalidad demasiado visible. Ved sus peinados: todos son iguales... Ved sus trajes: todos son iguales... Ved sus sombreros: todos son iguales... Ved sus perfiles afeitados: todos son iguales... Y así, la primera vez que tuve el honor de encontrarme en un grupo de señoritas, se me ocurrió preguntarlas:

—¿Cómo hacéis, francamente, para reconocer á vuestros novios?...

Al principio, ninguna de mis amiguitas pareció comprender el sentido de mi interrogación; pero cuando las hube explicado mis observaciones, todas, sonriendo, murmuraron:

—Algo hay de eso.

Y es que entre los chicos elegantes que se divierten, que van á los cafés nocturnos y á los teatros ligeros, lo que pudiéramos llamar el espíritu de «pandilla» está más desarrollado que en ninguna otra parte del mundo. Aislado, un porteño de estos parece tí-

mido. En cambio, cuando se halla en medio de un grupo, anímase, habla, ríe, se divierte.

... Y hace tonterías.

Esto último no lo digo yo. Lo dicen los periódicos argentinos; los periódicos serios, se entiende. He aquí unas cuantas líneas de un número reciente de *La Razón*:

«Acontece que un grupo de jóvenes argentinos, invitados por un caballero extranjero, cenaban vez pasada en un Centro social. Contra todas las reglas del buen gusto y del buen tono, concluída la cena, los divertidos jóvenes rompieron las vajillas y los espejos del salón, después de lo cual se dirigieron, en el mismo son de gracia, á un Club aristocrático, donde repitieron el espectáculo. Pero no pararon aquí las jocosas aventuras de los jóvenes; llevaron su atrevimiento hasta ir á un baile que se daba en una casa de familia, donde es fácil imaginar las graciosas proezas que realizaron.»

Que esto sea real, no lo dudo. Pero ó soy muy mal observador, ó exageran los que quieren generalizar hasta el punto de decir, como un colaborador de la revista *Nosotros*:

«Todos analfabetos, todos monigotes que no saben sino apretar el cigarro con los dien-

tes mientras dirigen miradas insolentes, y que creen conquistar á las muchachas con su aire de desprecio y con el sombrero metido hasta las orejas; todos capaces de alguna barbaridad cuando han bebido algunas copas de *champagne*, hablando de sus ilustres abuelos y de sus grandes estancias.»

No; ni todos son analfabetos ni todos parecen, aun después de haber apurado muchas copas, dispuestos á romper espejos y platos. Día tras día, ó mejor, noche tras noche, los he tratado en sus lugares preferidos de diversión. Los he oído hablar de sus conquistas, de sus aventuras, de sus novias y de sus lujos. He visto en ellos, como en todos los jóvenes desocupados y ricos que sólo piensan en divertirse y en figurar, una vanidad ingenuamente embustera. He descubierto, en fin, más en sus miradas que en sus gestos, el fondo peleador de la raza. Pero nunca, en cuatro semanas; nunca, en ninguna parte, he encontrado en ellos algo que me haya parecido salvaje ni bárbaro. ¡Qué digo! Si por algo me han chocado, al contrario, es por el estiramiento afectado, por

la seriedad algo altiva, por la compostura superficial que he visto en ellos.

¡Ah! Si se tratara de sus hermanos los argentinitos de París, los que se quedan en mangas de camisa en l'Abbaye, los que se burlan cuando ven bailar sevillanas en la Feria, los que corean al cantador en casa de Fischer, los que tutean á todas las mujeres y, cuando alguien les dice algo, contestan hablando de su dinero, entonces, sí, nada me extrañaría. Pero viendo á los que aquí se divierten por la noche me pregunto si los *apaches* de frac de que habla *La Razón* no serán algunos de los argentinos de París que, de vuelta en Buenos Aires, quieren seguir viviendo como en Montmartre...

Los papás.

—¿Cómo quiere usted que los muchachos no sean así—exclama un amigo—, si sus padres son los primeros en alentarlos y en ayudarlos?... Hay entre nosotros chicos de familias excelentes que tienen reputaciones detestables. Hable usted de ellos con los señores papás y verá sonreír á éstos de los es-

cándalos de los niños como de una gracia. ¿No ha visto usted nunca algunas escenas entre padres é hijos?

—No—le contesto.

—Pues voy á presentarle un hogar que me parece característico. El papá se llama don Pedro, y es uno de los más ricos y de los más distinguidos porteños. No sé si ha sido ministro; pero es diputado, y en dos ó tres ocasiones ha representado á su Patria en el Extranjero. Su energía política y su valor personal son legendarios. En cuanto al joven, que se llama Carlos, es un *clubman* de veinte años, elegante, guapo, distinguido y fatuo. Nadie sabe por qué milagro logró hacerse bachiller. Mas lo que sí está averiguado es que desde hace cuatro años está inscripto como alumno en la Facultad de Medicina sin haber aún pasado un examen. ¿A qué horas ha de poder él pobre ir al aula? Por la mañana, el criado tiene orden de no despertarle nunca antes de las doce. Por la tarde tiene el Hipódromo, tiene Palermo y tiene el Club. ¡Ah, el Club! Ahí almuerza, ahí come, ahí recibe sus cartas, ahí juega, sobre todo... ¿Y por la noche?... Por la noche, los *cabarets* de moda y las fies-

tas organizadas por amigos y amigas lo alejan de su casa hasta el amanecer.

»Don Pedro dice á menudo:

»—Esa vida no puede continuar.

»Carlos le da una palmada en el hombro y le dice:

»—Peor eras tú, viejo...

»Y el viejo, un viejo de cincuenta años, sonríe. Y el niño, un niño que ya podría ser teniente, se cala el chapeo, toma el bastón, se pone los guantes y se marcha.

»Un día present se en el despacho de don Pedro una pobre mujer con el rostro cubierto de lágrimas. Era la madre de una chica   quien Carlos la había jurado casarse con ella, y que, por haber tenido confianza en su palabra, h llase ahora en vísperas de ser madre, abandonada, desesperada.

»—Aquí tiene usted las cartas de don Carlitos—murmura la mujer.

»Y luego, avergonzada, agrega:

»—Mi marido ha echado   la calle   mi pobre hija, y yo, por no abandonarla, la he seguido... Estamos en la miseria...

»Don Pedro toma las cartas, las guarda, saca la cartera y generosamente da á la mujer mil pesos.

»—Cada mes—agrega—, aquí, en la Caja, le darán cien pesos para el muchachito...

»Una hora después, orgulloso, el papá cuenta, risueño, en un grupo de amigos la aventura del chico. « Un rico tipo!», exclama.

»Otro día es un acreedor el que se presenta. Carlos le debe veinte mil pesos, sin contar los intereses. Don Pedro paga. Al llegar á su casa se dirige   la habitación de su hijo con ánimo de hablarle seriamente.

»—Te esperaba—exclama el joven—; tengo que decirte algo grave.

»—Yo también.

»—Bueno; primero, lo mío... Se trata... ya lo habrás adivinado... Se trata...

»—De una deuda...

»—S , viejo, de eso...

»—De veinte mil pesos...

»—No... esa es otra... Eso no tiene importancia... Lo que me inquieta es lo de anoche... Una deuda de honor... S , de honor... No sonr as... T  las has tenido también, y más gordas... La mía no es mas que de treinta mil, viejo...

»—  Como quien no dice nada!

»—Además, no te pido sino un préstamo.

El primer día que tenga suerte te los pago...

»—¿Y si no te los doy? ¿Y si no puedo materialmente dártelos?... A veces, el hombre más rico no dispone de una suma tan cuantiosa...

»—Entonces... no sé... Tal vez mamá me los podrá prestar... Ella tiene sus joyas...

»—¡Parece mentira!...

»—Lo que parece mentira es que tú, que tanto hablas de honor, no me hayas dado ya esa miseria para ir á pagar...

»—Mira; por última vez, ven al escritorio después de almorzar... O no; mejor vamos á almorzar juntos al Club, y luego te daré eso...

»—Bueno; pero yo te invito...

»Y como dos camaradas, el padre y el hijo, contento éste de tener un buen papá, orgulloso el otro de tener un mal hijo, bajan la escalera de la casa, y de paso dicen al lacayo:

»—Prevén allá arriba que no almorzamos en casa.

»Allá arriba está la mujer, la madre, que no sabe nada, nunca nada, nada...»

El estanciero.

Este papá débil que me han pintado á grandes rasgos novelescos, y que se parece, según dicen, á todos los papás de los chicos elegantes á quienes encontramos por la noche en los *cabarets*; este hombre suave, indiferente, que tiene la vanidad de los vicios de su hijo y que paga sin protestar, es, no obstante, el que ha hecho, el que hace aún, la fuerza, la originalidad y la riqueza del país. Viéndolo en su palacio de la Recoleta ó en su mesa de juego del Jockey Club, cualquiera le toma por un pobre hombre, así, como suena, por un pobre hombre prematuramente fatigado é incapaz de grandes esfuerzos intelectuales ó materiales. Sus hijas, en efecto, las lindas muchachas vestidas en París, que leen todos los libros y que saben todas las teorías, se ríen con cariño de él si por casualidad la charla del almuerzo lleva á toda la familia á hablar de algo que no sea la cosecha, la estancia, el cambio ó la crisis. Sus hijos le llaman el viejo, y no le tienen ni mucho miedo, ni siquiera mucho respeto. ¡Es tan bueno!... ¡Es tan

suave!... Sólo su esposa tiembla aún ante él, recordando que durante los diez primeros años de su existencia común, allá cuando ella no tenía aún treinta años, aquel hombre fué un guía implacable, un compañero amoroso, pero duro.

«¡Ah!—piensa la pobre señora, viendo las libertades que sus hijas se toman—. ¡Ah! Si yo hubiera hecho siquiera un amago de independencia en nuestro tiempo de recién casados, ¡cuán diferente hubiera sido su modo de considerarlo!»

Pero, lejos de quejarse de esta injusticia, la bendice, pensando: «¡Que mis hijas aprovechen la juventud!»

Y mientras la mamá, por su hábito de renunciamiento, se queda en casa, las niñas van á Palermo, van al té de Rumpelmeyer, van á los *five-o-clock* del Plaza-Hotel.

El viejo, cansado, indiferente, sonrío...

¡Quién lo reconocería si no le hubiera visto mas que en su estancia! Ahora mismo, á pesar de sus cincuenta años pasados, apenas sale de la ciudad, y cambia sus zapatos de charol por unas botas rústicas, y monta en su alazán, ya no es el mismo. Sus ojos se animan. El pliegue escéptico de sus labios

desaparece. Su talle se yergue. ¡Y que vayan entonces á hablarle de indiferencia, de tolerancia, de suavidad! Con la conciencia del jefe responsable, del *manieur* de hombres, del fundador de pueblos, pone en todos sus actos una seriedad casi sacerdotal. Los que le rodean son sus servidores, en el sentido antiguo de la palabra, y, como á tales, los trata paternal y rudamente. La época de la gauchada, en la cual el amo tenía que imponerse por su valor y por su fuerza personales, no está tan muerta como algunos se la figuran. Un propietario que fuera incapaz de cabalgar un potro, de detener una res, de imponerse á un grupo de peones sublevados ó de contestar con altivez á un juez de paz, no podría nunca, aun siendo el más bueno y el más inteligente de los agricultores, llegar á ser un estanciero. Porque el estanciero es siempre un conquistador. Los que le acusan de falta de inteligencia cometen una injusticia, sólo excusable por el punto de vista en que se colocan. En la calle Florida, en efecto, ó en Belgrano, entre señoritas que se han educado en el Sacré Cœur y jóvenes abogados, su cerebro parece duro. No es un cerebro de capital, sino de campo. En

cambio, los que le tratan en sus dominios se admiran de la prontitud de su comprensión y de la rapidez de sus determinaciones. Si lo quisieran sondear un poco más, hasta un profundo sentimiento de poesía, de poesía tosca y primitiva, de geórgicas á la vez mecánicas y salvajes, encontrarían en su alma grande, ruda y noble.

Pero no es la poesía lo que en él tiene una importancia transcendental, sino la prosa, la clara y robusta prosa del campo. Caballero en su alazán, recorre sus campos, que son á veces más vastos que una provincia europea, y en todas partes su vista perspicaz descubre lo que hace falta. Luego, de vuelta en la ciudad, todavía tiene un rayo de elocuencia campesina para convencer al banquero de la conveniencia de adelantarle cuatrocientos ó quinientos mil pesos para agrandar sus labores. Y cuando llega á su casa, en donde todo para él es demasiado fino, demasiado frágil, demasiado exótico, ya no sabe, vestido de *gentleman*, sino sonreír.

—¿Qué tal te ha ido, viejo?—le preguntan sus hijos.

Este hombre, que es el mismo de un ex-

tremo á otro del país, este *homo duplex* que tiene una faz de hierro y una faz de cera, es el que con su energía, con su constancia, con su talento y con su optimismo hace la grandeza verdadera de la Argentina. Sin él, sin lo que él hace en el campo, no habría ni grandes teatros, ni grandes paseos, ni grandes palacios. El es el que crea la ciudad y forma el país. Es el estanciero...

Los nostálgicos.

Uno me dice:

—Usted ve esto hermoso porque sabe que ha de volver pronto á París.

Otro exclama cada vez que hablo:

—¡Ah! ¡París!...

Un tercero murmura:

—En cuanto se arreglen un poco las cosas me marcho de este país, donde no se puede vivir, y me voy á París.

Estos tres—tres ó tres mil—son una sola persona verdadera, y esta persona se llama el nostálgico... Que sea un artista, uno de los raros y nobles artistas criollos que han estudiado en Europa en un ambiente propi-

cio á todos los sueños, ó que sea un *homme du monde*, de los que saben en los salones de Francia representar dignamente á la Argentina, ó que sea un simple *noceur* de los del sombrero metido hasta las orejas y el habano en los labios, lo mismo da. Diferentes en todo, en esto son hermanos. Y muy unidos, muy unidos, llenan los ámbitos de la gran ciudad con el eterno suspiro de sus pechos enfermos del mal del retorno.

—Es imposible vivir en este ambiente— dicen.

Preguntadles entonces:

—¿Querríais marcharos á Roma... á Londres... á Berlín... á Nueva York... á Madrid...?

Todos os contestarán:

—No... no...

Porque, para ellos, fuera de París nada en el mundo vale la pena.

Y no os figuréis que los nostálgicos carecen de patriotismo y de amor de su ciudad natal. Al contrario. Cuando se encuentran en París no dejan un solo instante de cantar la gloria, el esplendor, el lujo, la belleza, la gracia y la virtud de Buenos Aires.

—¡Si viera usted Palermo!—exclaman en el Bois de Boulogne.

Y en la rue de la Paix dicen:

—La calle Florida es más alegre.

No les propongáis, empero, cuando los encontráis en Buenos Aires que repitan aquellas palabras...

¡Ah, no!...

Yo tengo un amigo, á quien conocí en París y que nunca me había parecido ni muy poético ni muy sentimental. Es un hombre de negocios que maneja mucho oro y que no piensa sino en lo que es positivo. Anoche, en un *cabaret* de los que aquí representan el tipo montmartrés, me dijo de pronto:

—¡Ah, París!...

Y cuando yo esperaba que me hablara de una manera concreta de lo que le gusta allá tras los mares, murmuró muy quedo, muy quedo, con voz cantante de poeta:

—El recuerdo es la religión de las almas delicadas... Evocando los días vividos en un lugar escogido, llegamos poco á poco á formarnos dentro del corazón un santuario en cuyas aras quemamos lo que hay de mejor y de más puro en nosotros mismos... En cada

detalle que me hace pensar en el Barrio Latino, donde yo hice mis estudios, palpita una melancolía que envuelve toda mi sensibilidad en un velo de luto muy ligero, muy ligero, pero muy obscuro... Cada uno de mis pasos importantes tiene por objeto acercarme á París... Si no, puede que no me moviese. ¿Qué más me daría todo si no llenase mi alma esta ilusión?... «¡Acuérdate de mí, no me olvides», dice á mis oídos, á todas horas, la imagen vaga, fresca, flotante y florida de mi gran ciudad de ensueño...

—¿Cuánto tiempo—preguntéle—hace que no va usted por allá?

—Quince años—contestóme.

Por no parecer indiscreto no me atreví á hacerle ver lo absurdo de un amor que podía así durar sin ser saciado, á pesar de que la fortuna y la libertad le dan todas las facilidades indispensables para el caso. Mas él, como si hubiera adivinado mi pensamiento, díjome:

—Todos los años me propongo ir, y luego algo se me atraviesa... El deseo, sin embargo, persiste siempre igual, y hasta constituye para mí una razón de vivir.

¿No serán como este muchos de los nostálgicos elegantes de Buenos Aires? Porque, en verdad, los que yo conozco tienen fortuna y no tienen familia. Si quisieran tomarían hoy mismo un barco, y dentro de quince días estarían en el Bal Tabarin... ó en la Sorbona... ó en el salón de la duquesa de XXX...